



Tal vez ande como de costumbre equivocado, pero tengo para mí que lo mejor de la narrativa occidental contemporánea tiene como germen y origen la tradición oral y escrita procedente de las comunidades askenazíes del centro y este europeos, que se expresaban en yiddish, una mezcla de hebreo y alemán. Una tradición que recoge los relatos del jasidismo y desemboca, por caso, en la narrativa visionaria y esclarecedora como pocas de Franz Kafka.

Uno de los escritores que muestra este rico, caudaloso acervo es Sholem Aleijem, seudónimo de Solomon N. Rabinovich, que nació a mediados del XIX en Ucrania y murió en Nueva York, adonde como tantos había emigra-

do, en olor de multitudes gracias a la fama que le había proporcionado la adaptación cinematográfica de 'Tevie, el lechero' bajo el título 'El violinista en el tejado'. Ahora Ardicia nos ofrece, como siempre con maravillosa ilustración de portada de Natalia Zarategui, 'El sastre embrujado', en la que Aleijem, entre bromas y veras, desnuda la precariedad de la condición humana, censura a quienes se enredan en escarceos o pergeñan argucias y recomienda la medicina del humor hasta su final abierto.

El sastre remendón protagonista, el loco-cuerdo, «hambriento y mugriento, pero feliz como una perdiz», atesora todas las virtudes de quienes «entendían de cancionillas», un contador de historias nato: ingenio desbordante, capaci-

UN ÁNGULO ME BASTA

FERMÍN
HERRERO



dad de memorizar y reiterar a modo de cantinela, sobre todo dichos y plegarias, aunque a menudo los trastoque y lie, hasta hacerlos incomprensibles. Se queda en la memoria, con su bastón para andar y su correa para la cabra, a la que sermona, y que adquiere por orden de su esposa, «la horma de su zapato», una mujer de armas tomar. Bueno, cabra o espíritu maligno, nunca se sabe, que puede conducir al delirio al pobre, en el amplio sentido del término, «sastre desastre».

Joseph Roth, novelista de culto, es uno de los escritores que bebe del venero del judaísmo oriental que hemos descrito. Creo que de ahí viene esa facilidad suya, pasmosa, y ese estilo a la vez lírico y eficaz, inconfundible, que encanta y engancha, de una

sutil transparencia, asombrosa. Quien fuera su amigo Soma Morgenstern lo retrata espléndidamente en 'Huida y fin de Joseph Roth' (Pretextos), obra imprescindible para acercarse a la singular figura del santo bebedor. Trasterrado en París, donde murió muy joven víctima del alcoholismo, su familia -liquidada por completo, más tarde, en los lager nazis, salvo su mujer, asesinada en cumplimiento de las leyes eugenésicas del Tercer Reich- con antepasados jasídicos, procedía de Budzanów. Poliglota, fue educado en yiddish, que usó luego en algunas prosas combinándolo con el alemán, su lengua de escritura.

En 'Fresas', vigésimo segundo libro que le publica Acanalado, dato ante el que no cabe sino la reverencia admirativa,

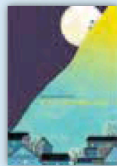
conato de narración seguramente escarbado entre sus papeles póstumos, recobra escenas y gentes de su niñez y mocedad -y cómo no recordar la inigualable rememoración de sus años de juventud en Galitzia de Morgenstern 'En otro tiempo' (Minúscula)- en Brody, en la llanura ucraniana, diez mil almas variopintas, en general talentosas, de las cuales Roth calcula que una tercera parte estaba trastornada, «aunque no suponían ningún peligro público», sin contar los numerosos emigrantes de la diáspora, como el propio autor, que se transmuta en la narración y se presenta a sí mismo como un impostor, con nombre y pasaporte falsos, sepulturero que ha fracasado anteriormente como ayudante de barbero y como aprendiz de sastre.

ESCARCEOS

La tradición de contar

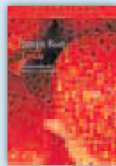
Judíos ortodoxos descansan en un parque en Polonia (años 30).

JEWISH HISTORICAL INSTITUTE-AP



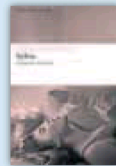
EL SASTRE EMBRUJADO

Sholem Aleijem. Ardicia. 102 páginas. 14,50 euros.



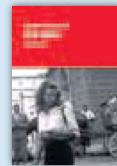
FRESAS

Joseph Roth. Acantilado. 66 páginas. 11 euros.



SYLVIA

Leonard Michaels. Libros del Asteroide. 152 páginas. 17,95 euros.



CON RABIA

Lorenzo Mazzetti. Periférica. 288 páginas. 19 euros.

Roth, mientras desgrana sus escarceos iniciáticos hacia la madurez, disecciona aquella sociedad en los albores del siglo XX, con sus virtudes y contradicciones, sus costumbres y curiosidades. También con sus intrépidos emprendedores, condes y ricos comerciantes de té caritativos, algunos arruinados, poetas en latín, pirómanos, ladrones, mendigos..., casi todos viviendo «de los milagros». Con sus pogromos. Pero al tiempo con su amor a la naturaleza circundante, pródiga por ejemplo en fresas salvajes que se cogían por mayo y se zampaban ipso facto, tras los grandes helazos, ventiscas y nevadas de los inviernos tremebundos.

Un hijo de los judíos que emigraron desde Europa Oriental a principios del XX,

Leonard Michaels, que al parecer habló sólo yiddish hasta los seis años a pesar de haber nacido ya en Nueva York, es considerado uno de los narradores estadounidenses más destacados de la segunda mitad del siglo pasado. Celebrado fundamentalmente por sus relatos, 'Sylvia' (Libros del Asteroide), con prólogo magnífico aunque explícito en exceso, creo, del escritor argentino Alan Pauls, es un artefacto narrativo elaborado a partir de los diarios -intercala algunas entradas- que escribió durante la relación psicopática, y por tanto terrible, con su primera esposa, Sylvia Bosch, un 'amour fou', desesperado, arrebatador, que se sabe tóxico desde la entrega fulminante tras el chispazo inicial y amenaza con terminar como el rosario de la aurora, si no de

forma trágica, lo que no resta un ápice de interés ni a su desarrollo ni a su desenlace.

Esta narración autobiográfica recrea, treinta años después de los hechos, cómo el propio Michaels, al poco de regresar, sin trabajo, tras seguir cursos de doctorado en Michigan y Berkeley y no titular, al piso de sus padres en el Lower East Side de Manhattan, desencantado por completo aunque decidido a convertirse en escritor, visita a una antigua compañera de estudios y, en el apartamento de Greenwich Village donde vive, se cruza en su camino la mujer que lo va a hipnotizar y desencadenar la pasión inmediata y el meollo argumental de la novela, trepidante, de la tormentosa, desesperada vida en pareja, «una vampirización mutua», según

«Lo mejor de la narrativa occidental contemporánea tiene como germen la tradición oral y escrita de los askenazíes»

«Josep Roth tiene una facilidad pasmosa y un estilo lírico y eficaz que engancha para contar»

la califica la psicoanalista a la que acude el autor desordenado de todas por su amante fatal: lúcida, perversa, crispada, histérica, teatrera, neurótica, frenética, iluminada, compulsiva sexual, destructora y autodestructiva. De todas formas, otro de los atractivos de la novela es la afición de Michaels a asomarse motu proprio al abismo, al peligro, en lo que respecta a las relaciones personales, y al vacío existencial de los sesenta en cuanto a lo público, con cameos de Kerouac y Ginsberg incluidos. La cita inicial, por cierto, es de Adam Zagajewski, otro escritor procedente del Este europeo.

Otra historia autobiográfica, plagada de escarceos pasionales, en este caso adolescentes y por tanto locuelos, también aireados sin anestesia

estilística, es 'Con rabia', segunda obra de Lorenzo Mazzetti que publica Periférica tras 'El cielo se cae', a la que se alude, entrega inicial donde abordaba su niñez, marcada por la muerte de sus progenitores y el horror del nazismo. Hasta el sorprendente final, se contemplan los primeros flirteos, sobes, celos y embobamientos, desde las inquietudes, fantasías y picores sexuales dominados por el terror obsesivo que provocan ante el decisivo trance físico. Y otros abismos del romanticismo de la mocedad: «Sería hermoso irnos como Shelley, en un pequeño barco de vela [...] y después morir con la poesía de Keats en el bolsillo».

Desde la orfandad, Mazzetti proyecta una voz femenina descarada y contradictoria, cáustica y resabiada, que se rebela contra los tabúes, prejuicios e imposiciones "de una moral fosilizada" y se enfrenta a la esclavitud de la mujer a la altura, más o menos, de la mitad del siglo pasado, cuando era absoluta. Es ahora, tal vez con el diablo, bueno, diablillo, en el cuerpo que se cumple, una mala estudiante, una mocosa en vaqueros y despeinada a la que le asaltan dudas religiosas, que trata de suplir con pinitos filosóficos, todo revuelto y bullendo en su cabeza, tomada por los sentimientos de incomprensión y soledad propios de la «edad atroz, ingrata», mientras la melancolía y la angustia se apoderan de ella, al sol rojo, de atardecida, de Florencia.

Aunque es difícil encontrar parentescos a una prosa de igual frescura que agilidad, la contraportada sitúa 'Con rabia' entre «la contundencia de 'El guardián entre el centeno' y la perspicacia de las narraciones de Natalia Ginzburg». Y aunque sea exagerado, es cierto que tiene cosas de ambas. Como también, en cierta manera, del Mersault de 'El extranjero' de Camus, con el que se identifica la autora, así como con los personajes de Kafka, al tiempo que denuesta la literatura italiana de su época, capaz de «escribir lírica hermética en medio de la hecatombe».

Aparte de otras dos relativas al oleaje marítimo y a la hipica el DRAE contempla cuatro acepciones de la palabra escarceo, en torno a la tentativa o incursión en algún quehacer que no es el acostumbrado, o anterior al inicio de una acción determinada o respecto a algo que se emprende sin mucha profundidad o dedicación; incluso como sinónimo de divagación. Pues bien, las cuatro narraciones que invitamos hoy a leer cumplen con creces todas estas expectativas de significado, además de ser entretenidas y provechosas.